

La Revoltosa



ON Carlos se levantó aquella mañana de buen humor. Con paso vacilante entró en su escritorio y fué a abrir la pequeña ventana que daba al jardín. Una avalancha de luz lo encegueció al principio, y entornó los ojos, sonriendo, mientras aspiraba el olor a tierra mojada y a rosas que subía hasta él. La hora matinal lo volvía joven. Con el aire fresco sentía esfumarse la obsesión de sus años, y una como puridad de infancia se le amanecía en los labios, ¡prontos a sonreír.

—Don Carlos, aventuró una voz detrás de la puerta, ¿se puede?

—Sí, Juanín, entra. ¿Qué quieres?

—Dice la señora que si hoy se queda a almorzar.

—No. Dile que estoy invitado.

Cuando se quedó otra vez solo, se sentó en su sillón giratorio, frotándose las manos.

¡Le gustaban tanto esas pequeñas mentiras! Desde hacía muchos años vivía con los de Castro López, considerado casi como de la familia, y eran contadas las veces que había comido